



## TERA.

Entre las poblaciones mas antiguas de España, y entre las en que han sucedido hechos dignos de memoria, no deja de merecer un lugar distinguido la villa de Tera en Andalucía, situada entre Autequera, Osuna y Ronda á cinco leguas de cada una de ellas: su historia, pues, no puede dejar de ser leida con interés por los aficionados á antigüedades, y por los amantes de las glorias de nuestra nacion.

La Tera de hoy, con sus mil vecinos, nada tiene de notable sino su castillo arruinado, su iglesia nueva de tres naves sobre columnas de jaspe, y sus canteros de piedras de molino.

La Tera antigua era ya notable en los tiempos de Julio César y de Pompeyo.

Manuel de Sousa y Erlas, de nacion portugués, en su tratado Epítome de las historias portuguesas, en la parte 1.ª cap. 14 desde el año 41 al 43 antes del nacimiento de J. C. dice, que Tera existia antes de aquella época.

Rodrigo Caro, Lib. 3.º Antig. Hisp. Cap. 65 dice así, Ateba, hodie Tera, Oppidum est perantiquum Betlicae, á Grecis constructum, ut ex ejus nomine facile deducitur, et probat. Ubi vetusta monumenta, quae in eo reperitur refert et illustrat. Spectabat ad Conventum Astigitanum.

Sin entrar, por falta de datos suficientes, en la cuestion de si Claritas Julia, Atubi, es Espejo, parece no quedar duda alguna, de que la Atigua de Plinio en su historia naturalis cap. 4.º es la que corrompido su nombre, se llamó Ategua y por último Tera. Le fué puesto el nombre de Julia, no solo por haberla conquistado Julio César de los Pompeyanos, sino porque despues de dar la batalla de Munda al hijo de Pompeyo, volvió el Emperador á dicha villa, y en ella ajustó las paces. Francisco Bermudez de Pedraza en su trat. hist. Ecclec. de Granada, 2.ª parte, cap. 11, 12 y 13 dice: «Ofendido César llevó sus armas

á una ciudad fortísima, á donde Pompeyo tenia muchos vestimentos y formentos militares, con presidio de gente Lusitana. Acudió Pompeyo á los sitiados, mas, viendo crecer socorros á los sitiadores, retiróse á Córdoba, y tan huido, en la opinion de los Cesarianos que Indo, un rey que los seguia con mucha gente, fué atrás él.

Segun las historias del reino de Castilla, Tera existia el año 300 de J. C., época en que se celebró el concilio liberitano, primero de nuestra nacion española al que asistieron 19 obispos, entre ellos 8 Metropolitanos y 36 presbiteros, como lo espresa Pedraza, el que enumerando estos últimos, coloca en el 6 lugar á Felicísimo natural de Ateba, á quien César llama Ategua, que asistió como procurador del obispo de Elepla, por ser Tera de este obispado. D.ºº Gonzalez Conc. Liber, fol. 92, vers. 6, dice «este presbítero parece haber venido al dicho concilio como procurador del obispo de Elepla por ser Tera de este obispado, cuya cabeza estaba no lejos de esta villa, donde se hallan ruinas de una gran ciudad, y una ermita muy antigua, con una imagen, que tambien lo es, y á quien tienen mucha devocion: llámase N. S. de Villaverde: dice, tbi sexto loco subscriptus Felicissimus Presbiter de Ateba, hodie Tera, est per antiquum. De aqui son naturales los gloriosos mártires Crispo y Restituto, cuyos retratos se ven á los lados del altar de dicha ermita.

D. José Hidalgo Morales en su Iberia ó Granada, 1842 dice: Este concilio se celebró en Granada en la casa del Tesoro junto á la fábrica de Lona en tiempo de Diocleciano y Maximiano, que publicaron los edictos de la décima persecucion de la Iglesia. Fué el primero, cuyos cánones se escribieron despues de él de los apóstoles. El primero de los presbíteros que á él asistieron fué Restituto natural de Osuna, hermano de los niños mártires Justo y Pastor, el 2.º Mauro, el 3.º

Lamponiano de Marchena, el 4.º Barbato, el 3.º Felicitiano de Asera ó Tera cerca de Osuna; este asistió como procurador del obispo de Elepla.

En el término de Tera existen muchas ruinas: en el sitio llamado el Pilarejo, un cuarto de legua al O de la villa se ven aun torreones y ruinas de una población, que se llamó Tairilla y el acueducto de su frente; media legua al S. en el cerro de los Castillejos, está un castillo medio arruinado, un acueducto, en el que se oye el ruido del agua, aunque esta no sale á la fuente y en sus alrededores se han hallado muchas antiguallas: á dos leguas al S. E. las ruinas de Elepla. Entre los monumentos esparcidos por todo el término de Tera describiremos los mas notables con alguna estension porque van desapareciendo y dentro de poco no quedará ni aun su memoria: es el primé-

ro una tabla de mármol que estaba en el Cortijo de Nina, en su portada, media legua al N. O. de esta villa en la que se leía la inscripcion siguiente.

Victoriam—Ang—  
q—Fabius—L.—F—Sababulus  
Testam<sup>o</sup> fieri—Poni—  
Que Jussit ex his Illt—  
Huic—Domo—L.—Fabius—L.—F  
Gal—Fabianus—heres—XX  
Non Deduxit... et D. D.

Cuya declaracion parece ser, que Quinto Fabio Fabulino hijo de Lucio mandó por su testamento, que se hiciese y pusiese á su costa en la ciudad la imagen de la Victoria augusta, esto es, sagrada, de cuan-



Vista de Granada

lia y valor de cuatro sextercios, y que allende de dicha liberalidad, que él hizo, Lucio Fabio hijo de Lucio Fabiano de la tribu Galatina, su heredero, en don y acrecentamiento de lo susodicho, no sacó, sino remitió el dicho legado ó manda, y la vigésima parte, esto es, la cuarta falodia, que, conforme al derecho civil antiguo, le pertenecía de las mandas, aunque fuesen para causas pias; y dice, que tambien hizo en don la dedicacion de la dicha estatua de la Victoria.

Los Gentiles celebraban y veneraban como á cosas divinas á la piedad, á la esperanza, á la victoria, á la concordia, y les dedicaban imágenes. El sextercio era de valor y peso de dos y media libras de plata segun varios AA. entre ellos el maestro Antonio de Nebrija, de consiguiente la estatua erigida en Tera era de valor de diez libras de plata, sin el gasto de la dedicacion; que segun dice el heredero, la hizo de su peculio.

En un edificio antiguo próximo á la villa se halla una lápida de mármol con la inscripcion siguiente.

Jovi—Optimo—Maximo—  
Vibius—Lucanus—Uro  
Testamentó—Poni—Jussit  
Ex—II—VI

Esta parece significar, que Vibio Lucano Uro hizo dedicar alguna figura ó imagen al Dios Júpiter Opti-

mo Máximo, la qual mandó por su cláusula testamentaria, que fuese de valor y peso de seis sextercios, es decir de quince libras de plata.

Los romanos tuvieron á Júpiter en mas veneracion que á los otros Dioses que adoraban, y así en el capitolio romano le tenían hecha zilla ó capilla; y no á ningún otro de los Dioses. Así lo dice Suetonio en la vida de Augusto: y Valerio Máximo en el título de Cultu Deorum.

El Dios Júpiter tenía varios sobre nombres: nombrábasele Júpiter Tonante atribuyéndole la potestad de fulminar los truenos y los rayos, por lo qual este romano le dedicó su effigie ó estatua.

El templo que tenía en el capitolio se llamaba de Júpiter capitolino; pero despues que Augusto César escapó en España de un rayo cerca de Tudela de Navarra, el que le mató al criado que conducia su litera, lo dedicó á Júpiter Tonante: así lo dice Suetonio in Augusto cap. 41

A fines del siglo pasada se encontró al pié del castillo, que domina el pueblo, un Ariete, el que fué remitido á Sevilla de orden del Sr. Asistente de aquella ciudad, el Sr. Bruna, y existe en su Alcázar, como tambien muchas monedas para su monetario y un topacio de extraordinaria magnitud, que se halló un pastor en los castillejos. Un cazador, horoncando una madriguera, se encontró una porcion considerable de monedas de muchas clases.

El año de 4810 cuando los franceses estaban fortificando el castillo, se halló en él la efigie de un soldado romano de bronce; era como de ocho dedos de alto y estaba bien conservado: la principal vestidura militar, que era el Sago de los romanos, estaba sujeta con dos hebillas, y en la orla se veían de bajo relieve decoraciones de trofeos. En el brazo izquierdo tenía el escudo, cuyo umbo era de distinto metal: la lorica era de dos láminas unidas con una cadenilla: la galea la cubría la cabeza, dejándole descubierta la cara.

Por todas partes se hallan con frecuencia monedas romanas en abundancia, lápidas sepulcrales rotas, y no hace mucho que un arado descubrió un sepulcro en el sitio de la dehesa al N. de la población, el cual aparentaba ser de persona de suposición; también se ha hallado un grande oro de oro.

Basta lo espuesto para patentizar la antigüedad de Tera y el importante papel que representó bajo la dominación de los Señores del mundo en la península; en otro artículo referiremos lo que fué bajo la de los moros.

MIGUEL ESPINOSA.

(Concluirá)



EL CARDENAL D. JUAN MARTINEZ SILICEO.

A caída de tarde de uno de los días más calurosos del verano, en el mes de julio de 1476, cerca de un lugar próximo á Alcaraz, llamado Villanueva de la Fuente, estaba sentado en una piedra, un joven de corta edad que por sus trazas parecía un viandante pobre que á falta de otros recursos caminaba á su destino en la cabalgadura de San Francisco. Movido de compasión un anciano pudiente de aquella villa, que le vió en aquella forma, trasluciendo por su rostro que debía ser un chico de talento se abocó con él y después de un corto diálogo le llevó á su casa, hospedó y agasajó, haciendo tan gran estimación de sus prendas, que eficazmente le persuadió á que continuase sus estudios que era lo que él deseaba, y el objeto de su viaje, asegurándole con gran certeza por tres veces que sería Arzobispo de Toledo si así lo hacía.

Continuó efectivamente el joven sus estudios, llegó á Valencia con pobreza suma, pero con gran caudal de ingenio. Recibido en aquella ciudad como ayo de unos niños, concurrió por espacio de dos años á las escuelas públicas; pero siendo aquel corto teatro para lo mucho que él pensaba representar, no olvidando la predicción del anciano de Aguila Fuente,

con algunos socorros y á pié, llegó á Paris pudiendo limosna, y estando orando en una iglesia, un caballero francés, maravillado de la devoción de aquel mancebo, llegóse á él, y sabiendo su triste estado y sus deseos, le recogió y dispuso cuanta protección necesitaba.

Pasó tres años en aquellas célebres escuelas, hizo su acto público y todos los profesores quedaron aturridos de su ciencia, tanto que por unanimidad le fué conferida una cátedra de artes, que desempeñó con el mayor lucimiento.

Por este tiempo fué á Paris el doctor Honzala, comisionado por la universidad de Salamanca, en busca de profesores para sus cátedras, y reunido el claustro de comun acuerdo, le propusieron al P. Presentado Fr. Domingo de S. Juan de Pie de Puerto y á nuestro lector en artes, los cuales vinieron á España, y obtuvieron los primeros puestos en aquel célebre Liceo. Nuestro héroe fué catedrático de filosofía con 300 ducados de alimentos. El colegio mayor de S. Bartolomé le recibió en su seno el año 1515.

Llegó un año tan escaso de recursos, que obligó al colegio mayor á vender hasta sus mas precisas alhajas para socorrer las necesidades del tiempo, y deseando salir de aquel estado, instada su humildad por cuantos le conocían, hizo oposicion á la canongía Magistral de Coria, y se llevó por unanimidad la prebenda.

Por este tiempo se hallaba el Emperador Carlos V en Alemania y la Emperatriz Doña Isabel atendía al gobierno de estos reinos y á la crianza de su hijo y príncipe de Asturias D. Felipe. La importante eleccion de un ayo para el futuro rey de España, era negocio el mas importante que ocupaba á la Princesa, y para acertar en ella de acuerdo con su esposo le encomendó á el Arzobispo de Toledo D. Juan Tavera, al duque de Alva, y al marqués de Camarasa. Entre las propuestas, fueron el Dr. Ciruelo, el Dr. Miguel Carrasco y nuestro canónico Magistral de Coria. Presentados los tres la Majestad Cesárea, eligió esta al último, y correspondió de tal manera á tan elevado puesto que reconocido el Gran Monarca deseoso de los adelantamientos del ayo de su hijo, y reconociendo su sobresaliente mérito, todas las honras le parecieron cortas. Hízole su confesor, su capellan y limosnero mayor, y últimamente á petición del príncipe de Asturias, obispo de Cartagena. Estando allí, en compañía de Don Juan Alonso de Guzman fué á Portugal á concluir los tratados del matrimonio de D. Felipe con la Infanta Doña María, y regresó muy luego á cuidar de sus ovejas.

El 15 de mayo de 1545 falleció en Valladolid el cardenal Tavera Arzobispo de Toledo, y en el momento, el príncipe D. Felipe escribió al Emperador su padre se sirviese honrar á su ayo con aquella suprema dignidad. Muchos fueron los empeños y no pocas las intrigas para inclinar el ánimo de S. M. hácia otras personas, pero todo fué inútil, la profecía del viejo de Aguila Fuente tenía que cumplirse, y aquel pobre mancebo, que recogió en su casa lleno de fatiga y exhausto de todo recurso, fué Arzobispo de la silla Primada de las Españas. En diciembre de 1545 llegaron las Bulas, en 6 de enero del siguiente año, el licenciado Gasca las presentó al cabildo y este, con grandes demostraciones de contento dió la posesion á D. Juan Martínez Siliceo, apellido, en el que convirtió latinizándole el soyo de Gujarró el estudiante de Valencia y luego de Paris.

El origen de este gran Prelado fué el pequeño lugar de Villagarcía en los confines de Estremadura, y fueron sus padres Juan Martínez Gujarró y Juana Muñoz, labradores pobres. Dos años y medio tenía el niño y teniendo su madre que lavar un poco de ropa, se le encargó á una vecina para que entretanto cuidase de él. Poco debió ser su zelo, pues sin echarlo de ver, cayó el niño en un pozo que por allí había, sin brócal. Vuelta la madre cobó menos á su hijo, supo la desgracia, y llena de angustia le hizo sacar, y saltó vivo y sano; pero creyéndole mortal lleno de dolor y con afectuosa devoción partió con él á la iglesia y le presentó á los pies de una imagen de Nues-

tra Señora, pidiéndola una salud y remedio del que no había necesidad.

El sacristán de Villagarcía le enseñó á leer y escribir y en Llerena estudió la gramática, con tantos apuros, que todos los sábados iba á su lugar, distante una legua, y se llevaba el pan que había de comer toda la semana. Viéndose con impetus de seguir una carrera se despidió de sus padres, y como de Valencia le pasó cuanto ya queda referido.

La primera acción, después de haber tomado posesion eclicca, fué nombrar adelantado de Cazoria á Ruy Gomez de Silva conde de Melito, íntimo amigo suyo, y de este principio le tuvo al ruidesísimo pleito que con los Marqueses de Camarasa siguieron los Arzobispos de Toledo queriendo reintegrar á su iglesia del derecho que le había quitado la santidad de Paulo III confiriendo esa dignidad á D. Francisco de los Cobos, por mediacion del anterior prelado D. Juan Tavera. Fue tanta la diligencia de Siliceo en este negocio, tan grande el zelo por las prerrogativas de su iglesia y tantos los obstáculos con que tuvo que luchar, que á no haber sido por su grandeza de alma, la casa de los Marqueses de Camarasa se honraria hoy con ese título, pero venció al fin la justicia y Paulo IV por un motu proprio de 18 de mayo de 1556 terminó este litigio mandando restituir á la dignidad Arzobispal el adelantamiento con restitucion de frutos. Dicen algunos autores que fué tanto el empeño de Siliceo en este negocio que aconteció una vez mandar á Roma un navio lleno de mas de 500 testigos.

Desembarazado en cierto modo de tan enfadoso asunto, pues su completa terminacion no acaeció hasta los tiempos del Cardenal Sandoval y Rojas, le sobrevino otro no menos delicado.

Fué el caso que el Pontífice Paulo III proveyó un canonizado de Toledo y despachó bulas en favor de un eclesiástico notado con infamia pública, por haber estado preso su padre en las cárceles de la inquisicion, de las que tuvo medio para salir, como lo hizo. Súpolo el prelado, las bulas no se admitieron, la posesion no se dió, y el Arzobispo escribió al Papa sobre esto, lo cual le sugirió la idea de poner en su iglesia el estatuto ó interuccion de limpieza, para no verse en casos semejantes. El canonigo que dió motivo á esto se llamaba Hernan Jimenez.

Se opusieron á este desiguito de Siliceo mas de 20 comunidades y una buena parte de los capitulares de Toledo. Acudieron al Emperador y este mandó llevar el negocio á la Chancilleria, pero firme el Arzobispo, instó con el príncipe á que se inhibiese en ese asunto especificándole entre otras razones las causas que movian á oponerse á los capitulares disidentes, que no eran otras que ser todos ellos confesos á parientes de éstos. Entre ellos el Maestrescuela D. Bernardino Alcaraz, hijo de D. Fernando Alvarez de Toledo y Zapata, primer señor de Cadillo, era sobrino de Fr. García Zapata prior del convento de gerónimos de Toledo llamado La Sista, que fué judío verdadero, falsamente convertido, que aun siendo prior guardaba interiormente los ritos judaicos. Cuando decia misa no consagraba, y al elevar la hostia pronunciaba: *Sus periquito que te vea la gente*. Juzgado y sentenciado fué quemado con otros dos frailes del propio convento delante de las puertas del monasterio. De este fraile fué hermano otro Maestrescuela que llamaban el ojo que le fué á declarar judío á tierras estrañas (dice el mismo Sr. Siliceo) y fué recibido en ellas por Rabí, el cual es fama que escribió una carta á su hermano exortándole á que se fuese donde él estaba, á vivir en su secta, por donde parece (prosigue el Arzobispo) que tan judío era un hermano como otro. El capiccol de la iglesia la Bernardino Zapata era pleito de un hermano de dicho fraile; su abuela paterna fué reconciliada, y su padre Juan Alvarez Zapata fué enterrado secretamente en el osario de los judíos con ceremonias judaicas. Primo de estos, era otro candidato llamado D. Rodrigo Zapata. El Dr. Peralta nieto tatariano de otro hermano, El Dr. Francisco Herrero hermano del D. Bernardino ya citado, tambien tuvo que ver con la inquisicion, y todos estos tenían tal

union, que por influjo de los Sres. de Cadillo y condes de Barajas de cuyas familias eran ciertas prebendas, por espacio de muchos años nunca salieron de la parentela por medio de resignaciones y coadjutorias, á manera de mayorazgo. El Dr. Vergara otro de los opostores era tambien confeso descendiente de judíos y el mismo fué preso y sacado en auto, abjuró de vehementi. Los demas que se opusieron eran tambien de raza de judíos (dice el cardenal) y todos unidos y anhelando aumentar en el coro el número de los confesos.

Por último las bulas del Estatuto se admitieron en el cabildo el martes 19 de julio de 1547 y de 34 canónigos que votaron solo 10 le contradijeron, aprobándolo definitivamente Paulo III en 1548. La brevedad de este artículo no nos permite estendernos mas sobre los alborotos y escándalos que ocasionó este pensamiento de Siliceo, movidos por todas esas familias de confesos, pero desde entonces hasta el presente no ha vuelto á repetirse otro, y gran número de corporaciones imitaron el ejemplo.

Libre Siliceo de semejantes embarazos se dedicó á la visita de su Diocesis, corrigió en ella infinidad de abusos, proveyó largamente á las iglesias pobres, y arregló varias diferencias que había entre la universidad y ciudad de Alcalá.

Apreciando siempre el Emperador sus consejos le consultaba sobre todo, y en los casos mas árdnos siempre siguió su parecer. El príncipe D. Felipe que casó con la reina de Inglaterra Doña María, antes de marchar á aquel reino, le consultó igualmente sobre el arreglo de aquellos estados.

Reconociendo la falta que había en la catedral de ministros inferiores que le ocupasen en su servicio, fundó en Toledo para ello un colegio, llamado de Infantes, que ha subsistido hasta nuestros dias. Dotóle en 2000 ducados de renta en pesos. Fundó ademas otro colegio que aun hoy existe con gran nombre y lucimiento, con la advocacion de nuestra Señora de los Remedios para que en él continuamente se criasen cien doncellas de limpia sangre y de edad de hasta diez años en cuyo estudecimiento permaneciesen hasta su muerte, si quieren, ó de no, salen para cualquiera clase de colocacion; tienen su rectora elegida de entre ellas mismas, y un administrador y capellanes para el servicio divino en la capilla.

Para dotacion de esta insigne obra compró tres dehesas grandes, que necesitó Felipe II para arreglar el sitio de Aranjuez y dió en cambio de ellas para el colegio las de Guadalerza, Arazulan y Fuente del Emperador con jurisdiccion civil y criminal y demas preeminencias y emolumentos. Los Reyes Católicos de España, y los Arzobispos de Toledo son los Patronos de esta obra pla presentando sesenta doncellas S. M. y las restantes el Prelado.

Fundó ademas en Toledo un convento de recogidas con el nombre de Santa Maria la Blanca en el local que fué anteriormente Sinagoga antiquísima de judíos, para que allí se juntasen personas á quienes sus flaquezas ó descuidos les obligaban á hacerlo. En el dia ya no existe esta fundacion.

Faltábale á Siliceo para llegar á la cumbre de la Gerarquía eclesiástica el Cardenalato, y el 1536 á 24 de diciembre Paulo IV le dió el Capelo, que recibió poco después en su iglesia, de mano de D. Gaspar de Zúñiga y Avellaneda obispo de Segovia, con general contento de la ciudad.

Después de tan grandes obras y de tan continuos y bien empleados trabajos colmado de virtudes y merecimientos, honrado de los reyes, respetado de los poderosos, y venerado de los pobres, como su providencia y ángel tutelar, á los 82 años de su edad, estando en Toledo le cogió la última enfermedad, y con la mayor calma y con la paz del justo exhaló su alma á Dios el 21 de mayo de 1537.

Fué comunmente llorada la falta de este gran varon; los pobres y monesterios sintieron, mas que otros su pérdida, pues fué con ellos muy fiel mayor-domo; por esto el clogio de su sepulcro le llama *Padre de pobres*, y respecto á la entereza con que administró justicia, *Autor de santas leyes*. Yacen sus restos,

bajo una modesta tumba, en la capilla del colegio de doncellas que él fundó, como queda dicho.

Una de las cosas que le hicieron más notable, fué su humildad y continua memoria de su pequeño origen. A sus hermanos y parientes necesitados les socorrió generosamente; pero no les hizo partícipes de sus puestos, ni les dió motivo para que se envaneciesen y olvidasen de su cuna.

Agradecido al Emperador, de quien había recibido tantos beneficios, por espacio de cuatro años continuos le hizo un servicio de 30,000 ducados, que era en aquel tiempo la tercera parte de sus rentas, y en otra ocasión, con motivo de las continuas guerras y apuros del Erario le franquizó hasta 80,000 negándose con entereza otras veces á concederle parte alguna de las rentas eclesiásticas, según el estado del patrimonio que Dios le había confiado.

Como plebeyo y de oscuro origen, no teniendo blasones propios escogió para sus armas, la cifra del nombre de Jesus, fija en un pedernal, alusivo á la significacion de su apellido, y su grande elevacion, desde tan bajos principios, es un ejemplo continuo que demostrará siempre que la virtud y la ciencia bastan por sí solas sin el auxilio de otras medias, para el ensalzamiento de un hombre, como fueron suficientes para hacer de un Juan Martínez Guíjarro, un Juan Martínez Silíceo, primer prelado de España, y príncipe de la iglesia.

NICOLAS MAGÁN.

#### CUADRO COMPARATIVO ENTRE LA ESPAÑA DE HACE SESENTA AÑOS Y LA ESPAÑA ACTUAL. (1)

Laudator temporis belli, se invoco.  
MAGÁN.

Sea dicho con perdon de este célebre poeta y de cuantos, antes de él, observaron esta cualidad inherente á la vejez humana, hay muchas excepciones de ancianos, y yo soy uno de ellos, que, lejos de elogiar indistintamente cuanto pasaba siendo ellos muchachos, recuerdan con dolor tantos géneros de atrasos en que yacía la sociedad que los vió crecer. Yo ignoro hasta que punto es verdad, ni tampoco si lo es, que sin aquellos atrasos, errores y extravíos, por los cuales hubieron de atravesar las pasadas generaciones, tal vez no habría llegado la actual á gozar la perspectiva de los increíbles progresos que le ofrece el estado actual de algunas ciencias, ni la realidad de los que ya palpa con sus manos, y cada día sorprenden nuestra admiracion con nuevos prodigios. Si la providencia sola fué quien estableció esta pesada y tortuosa cadena que ha ido arrastrando el género humano y tal vez arrastrará por los siglos de los siglos, yo venero sus designios porque la fe y la razon me judican que, siendo suyos, nunca pudieron dejar de ser necesarios, útiles y provechosos. Pero si, como tanto, la tal cadena fué solo labrada por los vicios y pasiones de los hombres, vive Dios que la detesto y maldigo como á todos los frutos del error, y que lejos de estar dispuesto á alabar cuanto veian mis ojos hace sesenta años, solo envidia á los que todavía no han venido al mundo, porque estoy cierto de que le encontrarán mas aseado, mas cómodo, menos turbulento y, en todos sentidos, mejor habitable que el actual. No es esto decir que por esto dejará de ser un valle de lágrimas, como se ha dado en llamarle; pero me atrevo á pronosticar que en el tal valle habrá bastante lugar para placeres y risotadas. En una palabra, cuantas más vueltas voy dando á mis particulares observaciones, más me confirmo en la idea de que el

mundo en lugar de empejorarse se rejuvenece y hermosea siglo por siglo.

Va conocen ustedes que si hubiera de empéñarme en probar esta proposicion, tendría que engolfarme y echarme de bruces en la tisoris del pépero humano, y seguir, aunque no fuesen mas que á vista de pájaro, el desarrollo progresivo de los conocimientos, los errores que han pasado por verdades, las verdades que han sido tenidas y castigadas como errores, las creencias y supersticiones, los pedantismos de todo género, y los crueles extravíos de tantas clases de tiranías como han pesado sobre el hombre. Pero cuando tal empresa no fuese tan superior como lo es á mis reducidos y ya decrepitos alcances, sería por lo menos sobradamente abultada para un artículo de periódico, y sobre abultada, notoriamente inoportuna.

Reduzcamos pues el cuadro que ya empezaba á trazar, y limitémonos á bosquejar solo aquello que mis contemporáneos pudieron presenciar como yo, y que á no ser de los *laudatores* á truche y á noche de que habla Horacio, confesarán que no falta á la verdad en lo que pienso decir.

Reinaba cuando yo vine al mundo el señor don Carlos III, de quien no puedo dar á Vds. la menor noticia; porque falleció cuando apenas habla yo cumplido el noveno año de mi vida, y así, por más que mi memoria haya sido y sea todavía bastante tenaz, solo puedan alcanzar mis recuerdos á los últimos años de su reinado feliz. Feliz he dicho, y no quiero horrorarlo del papel; así por acomodarme al epíteto adoptado ya por un gran número de escritores cuando le comparan con otros que han venido despues, como porque no es mi intento, ni creo sea del gusto de Vds., entrar en comparaciones políticas, no menos aventuradas y tal vez mas odiosas, que las disputas religiosas. Solo diré de paso, para descargo de mi conciencia, que de cuantos reyes he visto despues dentro y fuera de mi patria, ninguno ha sido mas constitucional, que aquel señor, en cuanto á eso *deber* y no *governar* sino por medio de sus ministros; porque desde las seis de la mañana en invierno y desde las cinco en verano, entraba su Majestad en un coche, seguido de otros siete, tirados cada uno por seis enormes mulas, y se iba al cazadero, de donde no solia volver hasta medio dia. Comía á las doce en presencia de toda la Corte, dormía despues una hora de siesta, y entre dos y tres volvía, con igual aparato, á su afanoso ejercicio hasta ya entrada la noche, en cuya hora solia hacerse lo que se llamaba el despacho con los ministros, y habia noche que duraba cerca de media hora, despues de la cual se jugaba una partidita de mediator con algunos señores predilectos, y á las diez todo el mundo dormía en palacio.

La primera vez que yo fui á Madrid, siendo de edad de nueve años, en compañía de mis padres, me acordó, como si fuese ahora, de todas las preparativos que se hicieron para aquella temeraria expedicion; y debo llamarla así, porque no habia memoria en aquellos tiempos de que ningun habitante de mi pueblo se hubiese aventurado á una peregrinacion tan lejana. Hubo que habilitar los mulos de la labranza, y sacar de un zaguizani unas á manera de guarniciones de cuero resacado y enmohecido como quienes no habian asido de aquel escondite desde que mi respetable abuela vino á casarse con su esposo desde Carrion de las Condes, su patria, y patria tambien de aquellos complicados aparejos y del coche que vinieron arrastrando. Yacia este sepultado en una manojera del corral, habia cosa de treinta á cuarenta años, dando asilo seguro y silencioso á algunas modestas gallinas que solian venir con recato á depositar sus huevos, ya entre las ruedas, ya en la zaga, ya tal vez en los que un tiempo fueron almohadones de rico tripe. Pero por mas aventuras, y desdichas que sobre él lloviesen, nunca perdió aquel armatoste su bien merecida reputacion de coche; y coche era, y coche se llamaba en la casa de mis padres, y por coche fué tenido en toda la redondez de Becerril de Campos por cuantos tuvieron la curiosidad de asomarse á ver aquella desconocida é inusitada máquina.

Mas para que se vea de cuan livianas causas suele

(1) Nuestros lectores verán con gusto este artículo, muy poco conocido, por haberse publicado en un periódico de escasa circulacion, y que reproducimos persuadidos de que nos lo agradecerán todos los aficionados á lo bueno y lo bello en las producciones literarias. El nombre de Milano es bastante para despertar la curiosidad del público.

dependen la quietud de los hombres y de las cosas, bastó el capricho ó la conveniencia de mis padres de ir á Madrid, para que un día profanasen aquel retiro cuatro mozos de la labranza, y quiera ó no quieras, sacasen á empellonas y plantasen en medio del corral aquel voluminoso poseadero. Inmediatamente empezaron á disparar sobre él unas cuantas docenas de calderas de agua, y desde la cuarta ya se principió á vislumbrar que había estado pintado de encarnado, y que el juego pudo haber sido amarillo con relieves azules. Era cosa de ver el asombro y contentamiento de los mozos, y la algazara con que yo celebraba á gritos aquel portentoso descubrimiento, y como iba y venía á referir á todos lo que habían visto mis ojos.

Llegó por fin el deseado día de nuestro viaje después de innumerables preparativos, que ahora parecerían superfluos, aun cuando se tratase de ir á dar la vuelta al mundo, pero que entonces eran del todo necesarios si no se quería pasar una semana entera en tormentos y privaciones. No diré yo que en aquella época fuese ya necesario hacer testamento para atravesar desde el riñón de Campos hasta la villa y corte de Madrid; porque esta circunstancia estaba reservada para los que desde ella tenían la precisión ó temeridad de trasladarse á Oviedo, Sevilla ó otros países remotos. Pero lo que sí exigía la prudencia y ordenaba la necesidad, era poner en la zaga, y así se hizo, unos cuantos colchones con sus respectivas sábanas, almohadas y mantas; llevar un botijo colgado del eje para el agua, una olla con abundante vaca, garbanzos y tocino ya cocidos de la noche anterior, y una hotella con caldo. Añadiase á esta prevención la de una cesta con panecillos frescos, una gran hembra con un par de perdices y una pollos asada, algunos cuhertos, unos vasos y unas cuantas servilletas, en que iban envueltos los postres.

De esta manera rompimos nuestra marcha hasta Valladolid, á cuya capital de provincia llegaban entonces los coches de colleras, que iban y venían de Madrid, sin que de allí pasase ninguno de ellos sino rarísima vez, como por ejemplo en la instalación de algun Señor Obispo ó cuando un caballero de las órdenes militares tenía que justificar algunas pruebas. Fuera de estos dos casos, no había que contar con hallar asientos de coche sino en la famosa posada del Rincon de Valladolid. Gozaba este albergue entonces de una reputación gigantesca, porque en efecto había en él tres ó cuatro piezas esteradas con sus respectivos braseros de cobre, y sobre todo se notaba la rarísima particularidad de que por lo menos un cuarteron de las ventanas tenía un vidrio verdoso de cerca de un palmo en cuadro: novedad modernamente introducida, y que á la hora de esta no se ha generalizado todavía en el resto de Castilla, ni en Leon, Asturias ni Galicia, sino que continúan triunfantes los encerados de papel, donde los hay.

Fuese como fuese, allí descansaron nuestros huesos un día y dos noches, antes de emprender la larga travesía de treinta mortales leguas que se obligó á hacer el mayoral en solos tres días y medio; por la miseria de 50 doblones, que se le pagaron en buena moneda. Por los elogios que acabo de tributar á la posada del Rincon, desde la cual tornó nuestro coche á su querida manojera y las mulas al arado, fácilmente inferirán Vds. lo que tendría que decirles de las que nos aguardaban en Olmedo, Lavajos y Guadarama, donde dormimos las tres noches, después de hacer alternativa continua á nuestra olla, que indispensablemente había que prevenir cada vez que llegáramos al meson, sino queríamos ayunar al día siguiente. Con esta comodidad y desembarazo se viajaba entonces en España, por lo menos en tiempo de verano y en las carreteras abiertas; porque lo que es en invierno y fuera de las líneas que acababan de trazarse para hacer caminos reales, bien guapo había de ser el que desatollase un coche en cualquiera de los ángulos de la Península.

Pero como no hay pensalidad alguna que no tenga su ladito de consuelo, lo era para nosotros muy grande la esperanza de ver á Madrid y sus grandezas, que tales como fuesen en aquel tiempo, siempre contras-

taban con la pequeñez general, como contrasta la luz con las tinieblas, la hermosura con la fealdad y lo blanco con lo negro. Era Madrid, ya entonces bajo muchos aspectos lo que es ahora: el punto céntrico de las ambiciones; el depósito de todas las miserias sociales; el país encantado de todos los pretendientes; el paraíso de los ricos ociosos y el infierno de los pobres ó infelices. Pero fuera de estos rasgos generales, no era Madrid, respecto de lo que es en el día sino un lugar inmundo, hediondo y oscurísimo de noche, malditamente empedrado, con muy pocos edificios regularizados, mal aireadas las calles; asquerosísimos basureros; con dos corrales por teatros, sin otras plazuelas de mercado que la plaza mayor y las esquinas, ni otro paseo elegante mas que el prado de San Gerónimo. El viajero que llegaba sin recomendacion particular, como nos sucedió á nosotros, no tenía que elegir otro albergue mas que alguno de los muchos mesones arrieriles, de que apenas queda ya otro tipo que el Meson de los Huevos en la Concepcion Gerolinna, y algunos de la calle de Toledo; mas en cambio no faltaban algunas posadas secretas de caballeros, que á duras penas sujetó á las reglas ordinarias de policia el célebre superintendente de ella Cantero.

Habrán Vds. oido ponderar muchas veces esto que se llama costumbres públicas, y decoro y religiosidad, y sobre todo sabiduría sólida en aquellos tiempos. Así será ciertamente, supuesto que lo aseguran tantos hombres de pró, cargados de años y canas; pero si no me tomento la memoria de los trajes que usaban entonces las señoras de la Corte y de las provincias, ni la he perdido del todo de las conversaciones que oía en las tertulias y paseos, donde me llevaban mis padres, bien me atrevo á asegurar, ahora que ya comprendo lo que se decía, que no se respetaba mas la moral pública en aquellos ponderados tiempos, que en esta edad tan injustamente llamada de hierro. Por de contado, desde las niñas de 4 á 15 años, hasta las viejas mas setentonas, no había una que dejase la menor duda al público de si era ó no bien proporcionada por naturaleza para la lactancia: llevaban en verano y en las tertulias de invierno, los brazos desnudos hasta muy cerca del hombro, y los trajes, así caseros, como de calle y de iglesia, eran muy largos por delante, mientras que por detrás apenas ocultaban las pantorrillas, contribuyendo un poco á realzar aquella indecencia la altura de los tacones que no bajó de seis dedos por espacio de muchos años. Verdad es que no debe rigurosamente inferirse de los caprichos, á veces ridículos de la moda, que por eso lo fuesen tambien las costumbres; pero sobre ser ya un indicio que predispone á creer que no fuesen mas reservadas unas que otras, añadiré algunas anécdotas que no dejan la menor duda de la tolerancia con que el público veía é imitaba á su vez mayores escándalos que en el día.

Triunfaban en aquella época los famosos lidiadores, Pepe Hillo, Romero y el estudiante de Falces en la plaza de las toros, formando cada cual de ellos un partido y clientela no menos acalorada que la que forman hoy los moderados, los ayacuchos, los carlistas, los republicanos. Pero había la diferencia de que en vez de distinguirse, como lo hacen estos últimos, por medio de programas, artículos de periódicos y persecuciones reciprocas mas ó menos directas, se señalaban aquellos por el mayor ó menor lujo y riqueza de los vestidos que les había regalado la diquesa de tal ó la marquesa de cual, á quien rendían homenaje en la plaza pública después de haberlas dado las gracias en secreto. De la misma manera y casi por los mismos términos se ponía al público por confidente de las pasiones y flaquezas que inspiraban los actores de los *chorizos pólacos*, con cuyas denominaciones se distinguían los dos teatros de la Cruz y del Príncipe. Tal era la modestia y recato de nuestras respetables matronas.

Tambien habrán dicho á ustedes y sin duda lo habrán creído casi como artículo de fé, que los empleados y administradores de entonces eran un modelo de pureza, tan inaccesibles á la corrupcion

como sus administrados lo eran á tentar su probidad y delicadeza. Plugiera á Dios que así fuese, y que solo tuviera yo que recordar Aristides y Catones entre los venerados personajes que tuve ocasión de conocer y posteriormente de observar, pero sin hacer la injusticia de creer que fuese tan general la venalidad de entonces ni de ahora, como pretenden los descontentos de una y otra época, y haciendo siempre una escepcion honrosa en favor de la magistratura, no por eso dejé de asegurar que una gran parte, cuando no la casi totalidad de los empleos, se concedían al favoritismo, á la intriga y no pocas veces al sordido interés. Se compraban las togas, los corregimientos y los empleos de hacienda casi con igual publicidad que una capitania ó tenencia en un regimiento, sin que nadie manifestara extrañeza, porque, respecto de estos últimos, era penoso por ley. Cada covachuelista tenía en su casa una pequeña corte y era lo que hoy diríamos un personaje, y personaje tanto más afectado, cuanto el mismo lo era solo de ayer de mañana, por haber aprehendido á casarse con una camarista ó solo algunos años paga de bolsa de cualquier ministro. Con esto solo basta para inferir cual sería la moralidad pública y privada de estos Meenas de boardilla que tanto injuljo ejercían en la distribución de los empleos. Verdaz es que había una cámara ó comision de los consejeros Castilla y de Indias, cuya obligacion era proponer al rey los mas dignos de entre los aspirantes á empleos y dignidades civiles y eclesiásticas; pero ya desde fines del reinado de Carlos III, y mucho mas desde que empuñó el cetro su hijo, Carlos IV, muy desvalido había de estar el pretendiente que aguardase su empleo de la sola consulta de la Cámara, sino procuraba ingeniárselo con algun criado ó favorito del ministro. En una palabra, en esto como en todo, no andaban los negocios mas limpios que en el dia.

En lo que ciertamente no puede la época actual sostener la comparacion con la de los tiempos de que estoy hablando, es en la comodidad con que se desempeñaban los empleos una vez adquiridos; porque era verdaderamente una gloria y un regalo servir en aquellos tiempos algun empleo, ó por mejor decir, ser servido por él. Mas como sería demasiado prolijo irlos recorriendo, y contando lo que pasaba en cada uno de ellos, habrá de limitarme á decir alguna cosilla de los dos que tuve ocasión de observar mas de cerca, por tener un pariente inmediato en el uno, y un amigo de mi familia en el otro: hablo del ya citado empleo de covachuelista y del de gacetero de Madrid. Al mirar estos dos empleos por defuera y, como si dijésemos, por la corteza, cualquiera pensaría que el que desempeñaba uno ó otro necesitaba ser un hombre de grandes alcances, de mucha constancia en el trabajo y de una estension de conocimientos capaz de imponer respeto hasta á la misma maledicencia; pero cuando se entraba dentro de bastidores, y se veía de cerca el aparato de toda aquella máquina, era cosa de no poder contener la risa, viendo la importancia que se le daba. Un oficial de secretaria, y muy particularmente en la de estado, era, como ya he dicho á ustedes, un sobrino, hijo ó allegado del ministro, ó bien algun marido alquilado por alguna camarista de las que disfrutaban favor de su amo. Apenas se le instalaba en su mesa, lo cual no podia verificarse antes que el sastre le concluyese de hacer el uniforme, porque en el uniforme estaba el basillo, se le asignaba lo que entonces, y creo que tambien ahora, se llamaba el negociado: palabra significativa y sonora, con la cual se daba á entender el ramo ó ramos especiales que le estaban encomendados, desde la simple copia del registro, ó llevar los bucos de un pasaporte, hasta el extracto de una correspondencia diplomática; siendo de advertir que cada papelucho que pasaba por sus uñales era bautizado con el nombre de *expediente*. Así, cuando algun señor covachuelista desdoblaba al dia veinte memoriales, por ejemplo, que dejaba el mayor en su mesa, ya podia decir en su casa ó en la tertulia, y así lo decían aquellos benditos señores, *hoy he despachado veinte expedientes*. Ordinariamente

le solían concurrir á la secretaria muy bien empolvados y con su espadin de acero, medias de seda y zapato con hebilla, entre diez y once de la mañana, pasando con afectada prisa y seriedad por entre la turba de pretendientes, que solía haber en la portería y sin sonreírse con nadie, sino con el portero mayor, que era un hombre de importancia á pesar de su modesto título. Solía ir con él y entrar tambien hasta su mesa, lo que llamaban el escribiente, que era el que realmente llevaba la pluma y despachaba lo que debían escribir y despachar los escribientes del uniforme. Luego que se quitaba el espadin y colgaba el sombrero, principiaba por tomar algun refrigerio, como para adquirir fuerzas y el necesario vigor antes de acometer los áridos trabajos que le aguardaban. Se saludaba á los compañeros, se pasaba de una mesa á otra, se hablaba de las noticias del dia ó de la noche anterior, se recorría algun diario francés por él que sabía traducir aquella lengua, que entonces era rarísimo, hasta que venía el mayor y repartía los ya mencionados expedientes á cada una de las mesas. Entonces se ponía muy formal nuestro covachuelo y apartaba los papeles, según sus respectivos incumbentes, reservando los que eran algo largos para que los estendiese el escribiente, y copiando él de su puño los que contengan no mas que cuatro renglones. Acabada esta operacion, que solía durar una hora ó poco mas, ya principiaba aquello de *tengo la cabeza como un bombó; trágame V. un vaso de agua de nieve con azúcar; deme V. un sorbito de jerez con un bizcocho*; porque bizcochos y jerez había entonces á porrillo para tomar los ones, y no el triste Valdepeñas y el zoquetillo de pan que se da ahora á los caballeros oficiales. De esta manera se llegaba á las dos de la tarde, hora que se iba á comer el ministro, y ellos hacían lo mismo, sacando debajo del brazo y entregando al escribiente que les aguardaba en la antecámara, el legajito de los membrues largos. Desde aquella hora hasta la noche se dormía la siesta, se paseaba ó se jugaba, ó se hacía lo que se quería, á no ser que le tocara la pejuñera de estar de guardia, que la hacia uno cada noche por turno riguroso, y consistía en llegarse al anochecer á la secretaria, tomar un par de vasos de helado, que se hacía riquísimo para todos los señores oficiales y para su excelencia, fuesen ó no fuesen. Y hé aquí una de las funciones importantes del portero mayor; porque como siempre sobaban algunas garrafas de helado, él era el único dueño de convidar á cuantos patibugados se le antojaba. La guardia se reducía á esperar que el ministro bajase del despacho, por si ocurría algo urgente á que no alcanzasen las fuerzas solas del oficial mayor.

El otro empleo que dije era, si cabe, todavía mas regalón y descansado que el que acabo de analizar, y estaba rodeado todavía de mayor prestigio y propopeya; porque han de saber Vds. que habian dado en la manía en aquellos tiempos de encomendar la redaccion de la Gaceta á algunos de los que pasaban por grandes literatos, ó como si dijéramos á algun *inmortal* de la Academia, como si una gaceta como aquella no pudiera ser desempeñada por el primer muchachuelo que supiese traducir medianamente el francés. Constaba en aquel obrado tiempo la Gaceta de Madrid, de dos pliegos ordinarios de papel doblado en 4.º, tan mal aperfeccionado por fuera como insignificante por dentro. Mas como era el único periódico que circulaba en toda la Península y sus colonias, y se estampaban en ella á noche y noche noticias de París, Londres, Holanda, San Petersburgo y Pekín, habia muchos en España, que creían, y yo, pobre de mí, era uno de ellos, que el profundo gacetero tenía que romperse la cabeza en seguir una correspondencia poliglota con todos aquellos países y capitales envidadas. Bajo este concepto sin duda se le tenían señalados al redactor principal veinte y cuatro mil reales, casa y gastos de escritorio. Tenía á sus órdenes otros tres ó cuatro redactores que, con el título de segundos, terceros, cuartos, etc., trabajaban como azacanes para perfeccionar tres gacetas nada menos cada semana. Había además un regente de

la imprenta con su correspondiente sofa, ocho cajistas y que sé yo cuantos preñistas; dos correctores de pruebas que alternaban con otros dos, que habían conseguido la futura á fin de no quedarse ninguno de ellos ciego de tanto trabajar. No faltaba tampoco su correspondiente administrador, tesorero, contador, asesor, y protector, y plegadores, y escribientes, y almacenista y cuanto la necedad y el pedantismo y la imbecil omnipotencia pueden reunir en una sola casa.

Ya era yo grandezuelo, y había corrido un poco el mundo la primera vez que penetré en los misterios de aquella redaccion tan ponderada; y vi que por junto toda la ocupacion del sapientísimo redactor en jefe consistía en leer el *Monitor*, la *Gaceta de Francia* y cuando mas la del *Haya*; y echar una raya con lápiz á los párrafos que le parecían ofrecer alguna curiosidad, para que sus ayudantes los copiasen mas bien que tradujesen al castellano, dándoles de tiempo en tiempo de un cuarto de hora por reuñon. Al día siguiente se lo traían despachado á fuerza de consultar el diccionario de Sobrino, y él se ponía muy sério á examinarlo, por corregir los disparates de mas bulto. Entretanto iban llegando de los ministerios lo decretos, cédulas reales, provisiones y demás; los avisos de cirujanos, médicos y maestros de escuela, que todo se admitía en el susodicho cuaderno de dos pliegos, y ocupando, cada cosa su lugar, como las piezas de un tablero de ajedrez, se preparaban las formas con el espacio y lentitud correspondientes. Luego que se tiraban las primeras pruebas, se remitía una, ya corregida y sellada al ministerio de estado para que el señor mayor, por comision del ministro, le pusiese el pase, como que sin él no podía publicarse la *Gaceta*. Para mayor comodidad del público, y para que la curiosidad de este sufriese lo menos posible, se tenía cuidado de enviar el sabado las noticias que habian de ponerse en la *Gaceta*, del martes siguiente, y así sucesivamente durante la semana, con dos ó tres días de anticipacion, como los sacristanes preparan los ornamentos que han de servir en la dominica ó festividad inmediata.

Esta ni mas ni menos era la penosa ocupacion de los sabios gaceteros que yo alcancé á fines del siglo último y principios del actual; y esta poco mas ó menos, la manera con que se servian casi todos las oficinas públicas, con raras excepciones. Al que entonces hubiese propuesto hacer él solo, no tres gacetas por semana, sino una cada dia, mucho *mas* larga que todas tres juntas, se le hubiera tenido y declarado por loco de atar, como se tuvo y declaró á Colon cuando ofreció el descubrimiento de un mundo al gobierno, pidiéndole que le proporcionase los medios de ir á buscarlo; ó á Fulton cuando proponía á Napoleon la aplicacion de los buques de vapor á la guerra marítima. Sin embargo, ¿qué mozuelo, por imberbe que sea, no se atrevería hoy á desempeñar la tarea de todos aquellos redactores juntos? Y ahora, que nombro los mozuelos mas ó menos imberbes, diré á Vds. y concluya, que por mas que oigan refulguir á este y al otro, y maldecir de lo que hoy pasa, en comparacion de lo que pasaba entonces, la juventud actual, vale muchísimo mas de lo que valia aquella de que yo hice parte, en cuanto á la aficion al saber y al instinto de la verdad; pues aunque nacida y educada entre los horrores de la guerra, y el odioso combate de las pasiones políticas, la vemos hoy ya dando frutos ópimos en el abandonado jardín de nuestra literatura nacional, y lo que es mas, puesta al frente de las doctrinas del orden, al paso que la obstinada y testaruda vejez parece que se emptra en perpetuar las fieras y estúpidas luchas que una general ignorancia permitió que crecieran y dirigieran los pedantes que florecian á principios de este siglo. Mengua y vergüenza sin ejemplo en España, que la juventud actual tenga que servir de modelo, no solo á la vejez, sino tambien á la decrepitud.

S. DE MEXICO.

#### DEL CAFÉ.

No obstante lo antiguo que es el uso de esta planta transformada en licor, todavia no constan por escrito sus prodigiosos efectos. Basta haber bebido cierto número de tazas, para convertirse en profundo político ó distinguido literato, para fallar sin apelacion sobre la paz ó la guerra, sobre la poesia y la prosa. Una gran parte de individuos, muy conocidos en España, no han tenido otra educacion política ni literaria.

Esta actitud que dá la absorcion del café, es susceptible de modificaciones notables.

Los que beben café jugando al villar se inclinan á las teorías democráticas, y á la crítica contemporánea.

Los que agotan sus lazcas jugando al dominó se convierten en optimistas, aplauden al *gobierno actual* cualquiera que sea y aprueban sus actos todos, sin exámen, como aplauden igualmente las producciones de todos los escritores cuyos nombres no son desconocidos.

#### DE LA POLÍTICA, DE LOS PARTIDOS.

Necesitamos algunas líneas para completar este número y no se nos ocurre en este instante asunto para escribirlas: hablemos, con permiso del señor fiscal, dos palabras sobre política, ya que el estruendo de ella penetra hasta nuestros oídos en el fondo de nuestro gabinete, por bien cerrado que cuidemos de tenerle.

En política los medios no significan nada; solo los resultados son buenos ó malos: estos no son mas que de dos clases; prósperos ó adversos; el mas fuerte tiene razon cualesquiera que sean los medios que haya empleado y nunca el vencido. Terminada la lucha se hacen dos partes. Todo lo que ha habido de grande, noble y generoso en uno y otro bando, pertenece al vencedor; sobre el vencido caen las traiciones, las bajezas, las ignominias de ambos campos.

Actualmente hay en España varios partidos: los carlistas quieren recobrar lo que han perdido, los moderados conservar lo que tienen, los progresistas alcanzar lo que esperan; todos se apoyan en razones mas ó menos fuertes, que sus gefes procuran cubrir con un manto raído de patriotismo y desinterés. Ciertamente que es admirable como se subordinan á los gefes de los partidos los hombres que siennan desinteresados ó poco hábiles en la intriga, no abrigan miras ambiciosas, sino que se agregan á un partido solo por ser el que representa las ideas que mas se aproximan á aquellas cuyo triunfo desean de buena fé, y decimos que mas se aproximan, porque sabido es que de los individuos que componen un partido las dos terceras partes no están absolutamente conformes con las ideas que representan los que le dirigen. Nosotros encontramos un grave inconveniente en inscribirse á ciegas en las filas de un partido ó fraccion de partido: puede suceder que el gefe de este partido ó fraccion juzgue á propósito disponer de él, como en Rusia se vende una tierra con los labradores que la cultivan, y por nuestra parte, sentimos cierto orgullo natural que se revelará al convertirnos en un instrumento, en una máquina, en un confidente de tragedia.

Tambien las flores hablan. Es un tomito lujosamente impreso, comprende el *calendario de Flora*, el *idioma de las flores*, el *veloz de Flora* y la *batavia en miniatura*; tambien comprende el *emblemá de todas las colores*. Es obra á propósito para el bello sexo. Solo cuesta 3 reales en Madrid y 3 fuera.

Sociedad literaria calle de Leganitos núm. 47; librerías de Cuesta, Matute, Razola, y en la litografía de Bachiller.

En provincias: en Correos y principales librerías ó directamente remesando el importe.